

G. G. EN G. (Günter Grass en Gdańsk)

Miguel Sáenz

Los traductores son los lectores más minuciosos. Le toman la palabra al autor. Le siguen implacablemente el rastro¹.

Un poco de historia

Todo empezó con unas conversaciones sobre traducción en Esslingen (Baden-Württemberg) en 1978, a las que Günter Grass fue invitado como escritor estrella. Debatiendo en público con su habitual estilo entre provocador, afable e incisivo,

Grass se dio cuenta de pronto de que su fama en el extranjero se debía a una serie de malentendidos. Lo que se conocía en otros países de sus libros era, muchas veces, sólo un pálido reflejo, una versión aguada, algo que alguien, pensando más en los lectores de su país que Grass, había decidido escribir un día. Especialmente en el ámbito anglosajón, su prosa rítmica y barroca se con-



vertía en un lenguaje gramatical y políticamente impecable, que apenas dejaba traslucir su iconoclastia original. Grass decidió poner fin a semejante estado de cosas. (Un periódico esloveno escribiría, comentando uno de sus libros: «El traductor ha castrado al potente Grass»).

La solución fue convocar, por primera vez en 1978, un encuentro con los traductores de su, por entonces, última obra: *El rodaballo*. Se trataba de evitar errores antes de que el libro apareciera, antes de que fueran irremediables; de aclarar puntos oscuros y subrayar los importantes y, sobre todo, de animar a los traductores a hacer con su propio idioma lo que él hacía con el alemán. Un libro traducido, pensaba Grass, es del traductor, le pertenece. Por ello sus traductores contaban de antemano con sus bendiciones para cualquier audacia o, mejor dicho, para atreverse a imitar la audacia del original. *El Rodaballo*, una historia que se desarrolla en muchos siglos y lugares, y utiliza una gran variedad de lenguajes, se prestaba especialmente para el experimento.

Los resultados fueron tan satisfactorios que, desde entonces, Grass viene convocando una reunión de traductores cada vez que escribe un nuevo libro. Sus traducciones han salido beneficiadas, como demuestra la profusión de premios que han recibido en distintos países, pero también —me atrevería a decir— se ha beneficiado el propio Grass. Aunque más de una vez haya dicho que no alteraría una sola coma de un texto suyo para facilitar su traducción, se ha percatado de que todo lo que sea dar al traductor una comprensión exacta de sus intenciones redundará, indefectiblemente, en una traducción mejor. De paso, ha entrado en contacto con unos seres que conocen sus libros de arriba abajo, no tienen nada de agresivos y someten sus obras a una especie de segundo «lectorado». Grass ha considerado siempre a sus traductores como amigos; últimamente los equipara ya a sus parientes y habla de su «familia ampliada».

¿Por qué no lo han imitado otros autores? Grass no se cansa de animar a sus colegas a que lo hagan, y ha habido algún intento sin continuación visible: hace años, Michael Ende; más recientemente, Don DeLillo en Londres, con motivo de *Submundo*... Hay dificultades económicas importantes para hacerlo y un hecho indudable: son muy pocos los escritores cuyos derechos de traducción se venden a varios países antes de que su último libro haya aparecido siquiera en el idioma original.

Danzig/Gdańsk

La reunión de 2005 era, en muchos sentidos, muy especial. Como traductor de Grass, me gustaría decir

que la idea de organizarla surgió en la calle Cantalejo 6 de Madrid, pero no me atrevo: sería acusado, como mínimo, de complejo soviético de querer haberlo inventado todo. El hecho cierto es que una noche, en una cena en mi casa, después de mucho Rioja, me atreví a decir, ante Grass y el periodista Juan Cruz, algo que me rondaba por la cabeza hacía tiempo. A saber.

La traducción española de *El tambor de hojalata*, hecha por el español Carlos Gerhard y publicada por Joaquín Mortiz en México, se ha reeditado en castellano muchas veces. Cuando algún editor me preguntaba sobre ella, contestaba que, como toda traducción, era «mejorable», pero no parecía haber ninguna prisa por revisarla ni, mucho menos, sustituirla. Sin embargo, la realidad es que aquella noche, cuando dije tímidamente que una cosa que me gustaría hacer antes de morirme sería traducir *El tambor de hojalata* y que aquella sería mi última traducción, Juan Cruz (arrogándose la representación de la editorial Alfaguara) y Günter Grass saltaron sobre la idea y se dieron un efusivo apretón de manos para sellar el pacto *à trois*.

Luego resultó que, en varios países, la situación era parecida. El envejecimiento de las traducciones es un tema que me preocupa, porque siempre he sostenido que una buena traducción puede convertirse en historia, pero no tiene por qué envejecer más aprisa que el original. Muy «macarthúricamente», suelo expresar mi convencimiento en inglés: *Good translations never die, they just fade away...* (Las buenas traducciones no mueren, simplemente se desvanecen). Lo cierto era que en los Estados Unidos, Francia, Italia, Portugal..., aunque por distintas razones, se echaba en falta también una nueva traducción de *El tambor de hojalata*. Y la consecuencia fue que acabara por convocarse una nueva reunión de traductores de Grass en junio de 2005. Una reunión que, evidentemente, sólo podía celebrarse en Danzig.

Que Günter Grass es Danzig, lo mismo que James Joyce es Dublín, Alfred Döblin, Berlín, o Salman Rushdie, Bombay, no necesita demostración. Y, dadas las circunstancias del caso, el número de traductores en la reunión sería relativamente reducido, lo que facilitaría las cosas. (En el último encuentro de Lübeck, con motivo de *A paso de cangrejo*, se produjo una concentración multitudinaria de 23 traductores, con grave riesgo de desnaturalizar un proceso en sí sosegado y productivo). Esta vez, en Danzig, la mayoría de los traductores pertenecían a «la vieja guardia» fundada con *El rodaballo*, aunque, por ley de vida o, mejor, de muerte, alguno no pudiera estar ya presente.

Así, el fallecido Ralph Manheim (en parte «culpable» de las reuniones grassianas, porque, muy



británicamente —aunque fuera estadounidense— todas sus excelentes traducciones del alemán llevaron siempre el sello Manheim), era sustituido por Breon Mitchell, buen amigo y discípulo suyo. La traducción francesa que hizo el ya anciano Jean Amsler («congenial» en muchos aspectos, vilipendiable en otros) estaría a cargo de Claude Porcell, que ha vertido al francés todos los libros de Grass posteriores a *La ratesa*. Bruna Bianchi, autora de una traducción de *El rodaballo* que ha pasado por derecho propio a la historia de la traducción en Italia, tenía ya muy avanzada su nueva versión de *El tambor*, muy distinta de la timorata versión actual. La letona Silviya Brice, aunque en realidad había traducido ya el libro al letón, quería estar presente sin falta, pensando en futuras reediciones y, sobre todo, en que no podía perder la oportunidad: siempre había sido una enamorada de *El tambor*, libro que la había hecho «más sensible, más escéptica y más feliz». Y luego había viejos traductores que no se resignaban a quedarse fuera de juego aunque su presencia no redundara en una nueva traducción, como el neerlandés Jan Gielkens, el danés Peer Øhrgaard o el indispensable Sławomir Błaut, quien, como polaco, jugaba una vez más en su campo. Había también traductores totalmente nuevos como João Barrento, que,

en su primer enfrentamiento con Grass, tendría que tratar de remediar una antigua versión portuguesa de *O tambor amputada* y deficiente. Luego estaban un par de expertos (Ulrich Janetzki y Dieter Stolz, del Literarishes Colloquium de Berlín, cuya contribución con voz pero sin voto no fue nada desdeñable); Jan Menkens, el representante de Steidl (el dinámico editor de Grass), alguna que otra doctoranda...

Por mi parte (contando además —como siempre cuando se trata de Grass—, con la inestimable colaboración de mi mujer Grita Loeb sack) en la reunión de Danzig me confirmé en mi idea sobre la traducción española y admiré más aún a Carlos Gerhard (quien no sólo tradujo en su día *El tambor de hojalata*, sino también *El gato y el ratón* y *Años de perro*). Su traducción de *El tambor* no sólo era buena, sino casi increíble para la época y las condiciones en que fue realizada. El problema con que me iba a encontrar sería, indudablemente, que muchas veces me resultaría imposible decir mejor lo que Carlos Gerhard dijo. Juan Villoro, en un artículo publicado en *La Jornada Semanal*² de México, rindió ya homenaje al trabajo de Gerhard, que calificó de «virtuosa traducción». En cualquier caso, yo me propuse



firmemente no hacer una traducción «a la contra», sino (como quería hacer también Mitchell con la inglesa de Manheim) una traducción respetuosa que, mirando a la anterior, salvara lo salvable, mejorara lo mejorable y desempolvara el resto.

Algo de turismo y mucho de trabajo

Danzig, a la que una periodista alemana (Bettina Röth) ha llamado «una ciudad polaca con un pasado alemán y un futuro europeo», es todo un mundo. Los traductores nos concentramos en «Villa Romana», un hotel, casi una villa privada, ideal para nuestra tarea: silencio, excelente cocina y lejanía de las tentaciones de la ciudad. De hecho, «Villa Romana» está en el barrio en que nació Grass, antes llamado Langfuhr y hoy, más difícil, Wrzeszcz. Es decir, a un paso de su casa natal, en la Elsenstrasse 19.

Además de los traductores y de dos equipos de televisión (uno en plan comando, otro de miembros tan discretos que se convirtieron en una especie de ángeles tutelares de presencia adivinada pero no sentida), había dos personas importantes encargadas de llevar el buque a buen puerto. La primera era Hilke Ohsoling, la imprescindible secretaria de Grass, que con su ordenador portátil levantaba acta sin descanso de todo lo

hablado, no sin solicitar aclaraciones cuando las conclusiones no eran claras. Y la otra Helmut Frielinghaus, el «Lektor» de Grass, conocedor de *El tambor* al derecho y al revés, y encargado de lo más difícil: dirigir todo el proceso, cuidar de la disciplina y la puntualidad, evitar las conversaciones entre dos o tres cuando el tema era de interés general (y todos los temas eran de interés general), no fatigar a Grass en demasía, proporcionar datos eruditos y hacer leer de vez en cuando al autor pasajes en que se echaba en falta el sonido (lo cual era siempre una fiesta para los traductores y un placer para Grass, a quien le encanta leer: sabe que lo hace muy bien y le gusta demostrarlo). Ute Grass, su mujer y su crítica más aguda, apareció al final de la reunión y, con sus prudentes intervenciones, demostró, como siempre, que conoce a su marido mejor que todos los traductores juntos.

Juan Cruz, en calidad de periodista, hizo una fugaz y energética visita a la reunión, que se tradujo luego en un artículo en *El País* y una larga entrevista a Günter Grass en el suplemento dominical. Asombrado ante el silencio que podía reinar a veces en la sala mientras traductores, autor y *Lektor* releían y rumiaban antes de formular sus preguntas, habló de una «atmósfera monacal», lo que nos dejó perplejos. Para nosotros aquello era un ambiente de apacible felicidad. Aquello no era trabajar, sino traducir o, mejor dicho, *pretraducir*, la ocupación más placentera del mundo.

Sin embargo, Danzig, aunque reconstruido y rehecho (a veces no es fácil saber lo que queda de los años que *El tambor* narra), estaba allí y había que verlo. Y ver Danzig de la mano de Grass es, no hace falta decirlo, toda una experiencia. Un Danzig que no es sólo el Mercado Largo (Długi Targ), la Mariacka, la grúa medieval o la Corte de Arturo... La visita a la casa natal de Grass (Lelewela 13) se convirtió en un festival de cámaras electrónicas de aficionado, y Grass (que se ha negado siempre a que la ciudad le haga un monumento), no tuvo inconveniente en sentarse en un banco junto al Oskar Matzerath de bronce que alegra con su tambor una plaza. Oskar Marzerath... para Juan Cruz una metáfora, para mí un monstruo (no tiene sentimientos), para Grass, que se reclama del *Simplicissimus* y el *Lazarillo*, simplemente, un «pícaro».

E inevitablemente fueron surgiendo anécdotas narrables. En la visita a la iglesia de su primera comunión, Grass fue abordado por un cura joven que, amablemente, le rogó que le firmara su ejemplar de *El tambor*... La pregunta que nos hicimos todos fue: ¿lo habría leído? ¿Sabría que sus pasajes obscenos y blasfemos hicieron que el libro estuviera muchos años prohibido en España y que todavía haya traducciones en

algunos países (Portugal sin ir más lejos) con partes cuidadosamente suprimidas? Aunque, por otra parte, la iglesia polaca siempre ha sido campeona de la libertad... Más anécdotas: por ejemplo, la visita a la playa de Zopot, en donde ocurre en la novela el revulsivo y repulsivo pasaje de la cabeza de caballo infestada de anguilas, la playa donde, unos meses antes, había estado Grass con los seis mayores de sus innumerables nietos, buscando trocitos de ámbar. Una señora se acercó con un libro, a pedirle un autógrafo. Diez minutos después, mientras tomábamos café, comenzaron a aparecer admiradores/as, cada uno/a provisto/a de su libro. Alguien dijo: «Al parecer, la gente en este pueblo tiene la costumbre de pasearse con un libro de Grass bajo el brazo...».

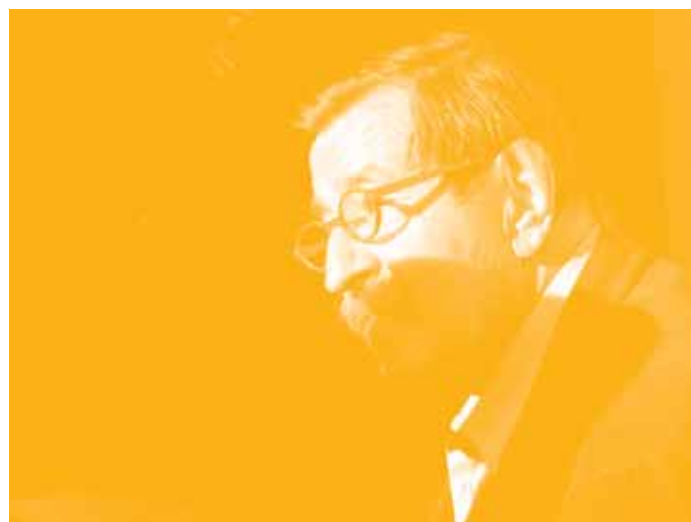
Comidas, cenas, homenajes. En Danzig hay una sociedad de amigos de Günter Grass, un restaurante llamado en su honor «El Rodaballo», en donde se organizó una cena con acompañamiento de percusión y un menú compuesto de recetas extraídas de libros de Grass (riñones con salsa de mostaza, carpa en salsa de cerveza...). Hubo una exposición de grabados y esculturas, una gélida pero lograda excursión en barco por el Motlawa y los astilleros Lenin (hoy abandonados pero llenos de recuerdos de Wałęsa y Solidarność), un encuentro a dos voces entre Grass y el escritor polaco Paweł Huelle, que leyeron cada uno textos del otro (traducidos) en el teatro «Miniatura», discutiendo luego bajo el escudo de la ciudad tal como aconseja su lema «*Nec temere nec timide*» («Ni temeraria ni tímidamente»)... Grass es un hombre de muchas tablas y sabe perfectamente hasta dónde puede llegar demasiado lejos. Hasta se atrevió a arremeter contra el papado: no sólo Wojtila y Ratzinger (a quien los polacos han traspasado en bloque su afecto por el papa anterior) sino también contra los papas que pudieran venir. Y de vez en cuando surgían temas que hacían aparecer claramente al Grass político: alguien se negaba a creer que una enorme mayoría de los alemanes no hubiera sabido nada del holocausto, otro reclamaba en Polonia una revisión de los archivos (como se hizo con la Stasi en la República Democrática Alemana), para saber quiénes fueron los delatores y colaboradores... Grass contestó siempre muy bien, defendiéndose en ocasiones y atacando en otras. Los archivos de la Stasi... Nunca había querido saber quién pudo informar sobre él y sus amigos.

Nos enteramos luego de detalles curiosos. Una de las escenas más famosas de *El tambor* es la defensa del edificio de Correos, convertido ya en página heroica de la historia polaca. Oskar Matzerath escapa, pero la leyenda oficial dice que todos los defensores perecieron o fueron fusilados. La realidad, dice Grass, es que hubo al menos tres supervivientes, pero fueron oficialmente

borrados del mapa y tuvieron que llevar luego una existencia semiclandestina... La leyenda era más bonita si no había habido sobrevivientes. Y la Cachubia, para muchos (yo el primero) una sorpresa. Creía que en Polonia sólo había cuatro cachubos, entre ellos la abuela de Oskar Matzerath, la inefable Anna Bronski, y que la región era una especie de inmenso campo de patatas. Sin embargo, resulta que la Cachubia tiene un paisaje precioso y que los cachubos, pueblo emigrante donde los haya, están repartidos por todo el mundo. Lo que les pasa es que, como diría la mencionada abuela, son «*nicht richtig deutsch und nicht polnisch genug*» («no alemanes de verdad ni suficientemente polacos»). Allí, en plena Cachubia, es donde comienza *El tambor* una tarde de octubre de 1899.

Con todo, lo fundamental, la razón de aquel encuentro, no era conocer Danzig sino revisar, página a página, *El tambor de hojalata*. Setecientas páginas, siete días... Había que llevar un ritmo de cien páginas diarias, y se llevó. Reproducir los problemas suscitados exigiría casi un libro de otras setecientas páginas. Los «latinos» (Francia, Italia, Portugal, España) hacíamos, como siempre, causa común. Y yo me tropezaba, página a página, con mi antecesor Carlos Gerhard. Desde el principio mismo: «Pues sí: soy huésped de un sanatorio». Ese «pues sí», ¿era genial? ¿O era «mejorable»? En alemán dice: «*Zugegeben*». ¿Sería mejor subrayar el tono confesional y decir: «Lo reconozco»...? En cuanto al «sanatorio» que aparece en la misma frase... ¿No tiene el original («*Heil- und Pflegeanstalt*») connotaciones de establecimiento psiquiátrico, que en el escueto «sanatorio» español no existen?

Y así, poco a poco, párrafo a párrafo, página a página... Grass leyó, por ejemplo, un pasaje, en el que su prosa redobla como el tambor de Oskar: «*Schliesslich schlägt der Mensch auf Pauken, Becken, Kessel und Trommeln. Er spricht vom Trommelfeuer, man*



trommelt jemanden heraus, man trommelt zusammen, man trommelt ins Grab». Me miró. ¿Se puede hacer eso en español? Claro que sí: y Carlos Gerhard lo hace: «Y finalmente, el hombre toca el bombo, los platillos, atabales y tambores. Habla de revólveres de tambor, de fuego de tambor; con el tambor se saca a la gente de sus casas, al son del tambor se las congrega y al son del tambor se las manda a la tumba...». El español, le explico a Grass, ofrece incluso el regalo de aproximar «tumba» y «tambor».

Siempre, siempre, cuando algún traductor se lamentaba ante un problema aparentemente irresoluble, Günter Grass repetía sus eternas palabras de aliento: «Bueno, ya se te ocurrirá algo». (A todos los alemanes, por cierto, les fascina la supuesta dificultad de traducir la terminología del *skat*, juego de cartas que consideran tan alemán, o más, como la filosofía de Kant. Cuando les dije que cualquier español que hubiera jugado alguna vez al tute no tendría ningún problema para encontrar los términos pertinentes no me lo creyeron. Sencillamente, no me lo creyeron).

El último día, en la cena, la nostalgia anticipada de los discursos. Los discursos son siempre muy importantes en las reuniones con Grass: esta vez fue el francés Claude Porcell el encargado del principal y lo hizo maravillosamente bien, en clave de humor. Hay que ser masoquista, dijo, para asistir a una de estas reuniones maratonianas; hay que ser masoquista, en general, para traducir a Grass...

Los adioses

Despedidas. Los traductores tienen ahora, como mínimo, dos años para su trabajo. En 2007 Grass cumplirá los ochenta: la fecha se prestaría a la publicación. Sin embargo, en 2009 habrán transcurrido exactamente cincuenta años desde que Oskar Matzerath comenzó a redoblar...

Sea como fuere, en varios países, en varias lenguas, habrá pronto nuevas traducciones de *El tambor de hojalata*.



Ojalá sean capaces de vivir otro medio siglo... Depende exclusivamente de los traductores, esos seres absurdos, contribuir a que sea verdad lo que la Academia sueca dijo al conceder a Günter Grass el premio Nobel en 1999: «No es aventurado suponer que *El Tambor de hojalata* se convertirá en una de las obras literarias imperecederas del siglo XX».

NOTAS

¹ «*Lob der Vielseitigkeit*» (Elogio del polifacetismo), *laudatio* para Per Øhrgaard en la concesión del premio Henrik Steffen, 2001.

² Juan VILLORO. «Don Joaquín», *La Jornada Semanal*, 4 de julio de 1999.